LA HISTORIA DE MI HERMANO SUDAFRICANO

Aquella mañana bajamos a la playa como todas las anteriores, mi padre con la sombrilla de vistosos colores (por si nos perdiéramos, saber localizarla), con la nevera cargadita de refrescos, helados, comida…; mi madre con el bolso de paja, con el protector solar, toallas, hamacas,…; y mi hermano y yo, con nuestras mochilas repletitas de juguetes: cubos, palas, rastrillos, red… ¡no nos faltaba de nada!

Por fin llegamos a la orilla del mar y montamos nuestro pequeño campamento, embadurnados de crema protectora ya podíamos comenzar a jugar, así llegó la hora del almuerzo, mi madre cogió agua con el cubo y nos lavó las manos (no nos gustan los bocadillo de arena), sentados bajo el parasol, desenvolvimos los bocadillos y…. repámpanos, ¡qué asco mamá! ¡Sabes que no me gusta el bocadillo de mortadela de aceitunas!... mi madre me obligó a comerlo pero yo no podía y el tiempo pasaba lentamente…y yo miraba al bocadillo y el bocadillo me miraba a mí…, era imposible comérselo…

De pronto noté que otros ojos, además de los míos, miraban mi bocadillo, era un niño, pero un niño "raro", no era igual que los demás niños, éste no llevaba bañador, iba vestido con ropa rota y sucia, estaba descalzo, además tenía heridas y aspecto de no haber dormido y por como miraba mi bocadillo, seguro que no había comido en algún tiempo, calculé que tendría mi edad, aunque parecía mayor.

Pensé que a él le sentaría mejor que a mí el bocadillo, fui a ofrecérselo pero salió corriendo, en su huida tropezó y cayó en la arena de la playa, le extendí mi mano para que se levantara, pero estaba muy asustado, por fin llegó mi madre (las madres todo lo ven, no sé cómo la hacen), con ella el niño se tranquilizó, mi madre lo acurrucó contra su pecho y le preguntó cómo se llamaba, con una voz muy débil susurró su nombre, se llamaba Sylvain.

Este fue el inicio de nuestra vida con mi hermano Sylvain, desde que lo encontramos en la playa hasta que por fin vino a casa pasó todo el verano, pero no pasaba día que no fuéramos a visitarlo al centro de acogida.

Llegó septiembre, y con septiembre el inicio del colegio, y con el inicio del cole un compañero nuevo: ¡mi hermano!, en el cole todos se quedaron boquiabiertos, nadie sabía nuestra historia, todos los compañeros se revolucionaron, le acosaban con preguntas: ¿cómo te llamas?, ¿te gusta el fútbol?, ¿de dónde eres?, ¿cuál es la asignatura que más te gusta?,… Sylvain, no sabía qué contestar a tantos interrogantes… estaba feliz, todos estábamos contentos.

El curso siguió su ritmo, la profe mandaba tareas, nosotros las hacíamos en casa, nos mandaban estudiar, nosotros estudiábamos, y así hasta la primera evaluación. Sylvain se esforzó mucho y sacó muy buenas notas, pero aún así había días en los que estaba triste, se acordaba de su verdadera familia, de sus padres, de sus hermanos, de sus amigos… incluso de su vieja e incómoda casa, una vez me contó que dormía en el suelo sobre la arena y que los días lluviosos se calaba hasta los huesos, que con el tiempo consiguieron una casa mejor, pero que no se podía comparar con la mía de España…

Es curioso, hasta que llegó Sylvain a nuestras vida, lo único que sabía de su país es que aquel verano se jugó la copa del mundo de futbol y se proclamó ganadora la selección española, que por cierto, todos en mi familia seguimos con la cara pintada con los colores de la bandera de España, y como ocurre en estos acontecimientos, toda la prensa de nuestro país se vuelca en la retransmisión y por mucho que intenté recordar, ni vi imágenes de pobreza, ni de chabolas, ni de nada que no fuera alegría y bubucelas… Sylvain me contó que lo que vimos en televisión ocurre solo en las grandes ciudades, pero que en los pueblos todo esto es diferente, nos dijo que la riqueza está repartida de manera desigual, de forma que aunque hay grandes fortunas, una cuarta parte de la población vive con poco más de un euro al día… nunca lo hubiera imaginado.

Durante muchos días estuve dando vueltas al pasado de Sylvain, a lo mal que lo pasó en su viaje hacia una vida mejor, en los amigos que perdió en el camino y en la familia que dejó en su pueblo. Durante muchos días me sentí fracasado, frustrado, inútil, impotente y triste, muy triste, tristísimo por no poder hacer nada para ayudar al pueblo de Sylvain, de mi hermano Sylvain.

Sylvain también estaba triste, pese a todo lo bueno que tenía en España, quería volver a abrazar a su madre, volver a jugar al beisbol en el descampado (tenía el suelo con una arena suave, que no hacía daño en los pies descalzos de los niños que corrían tras la pelota), volver a tirarle el palo a su famélico e inagotable perro Pretorio, el nombre lo eligió en honor a la capital de su país, y volver a recorrer los caminos llenos de barro que le llevaban a su antiguo colegio riendo con sus tres amigos. Yo no lo entendía, pero estaba claro que Sylvain quería volver.

Mis padres decidieron que por la salud de Sylvain (cada día que pasaba estaba más triste y más decaído), mi hermano debería volver a su país, pero yo no quería que regresara al mismo sitio oscuro del que había salido aquel verano, al menos sin algo que alegrar su existencia allí. Aquella mañana lo vi claro, y les conté mi idea a los niños de mi clase, la idea verdaderamente no era del todo mía, creo que lo había visto en alguna película, consistía en recaudar dinero, ropa, y alimentos no perecederos para entregarlos a la familia verdadera de Sylvain, a mis compañeros les pareció genial,

todos querían participar, Mario cogió una libreta y gritó: “lluvia de ideas para recaudar”, la lista quedó así:

- Teatros
- Galletas
- Actuaciones musicales
- Baile
- Mercadillo de segunda mano
- Mercadillos artesanales
- Feria gastronómica
- Recogida de ropa

Así fue como comenzamos a ganar dinero, representamos una obra de teatro “ El testamento del tío Nacho”, las personas que vinieron a vernos que fueron muchísimas pagaron un euro y quedaron encantadas, la verdad es que nos esforzamos mucho, era por un buen fin; por el baile no recogimos tanto dinero porque no acudieron tantas personas como al teatro, pero aún así fue divertido, si no contamos que Susana resbaló y cayó al suelo, pobre, que vergüenza debió pasar, aunque ella muy digna se levantó con la misma rapidez que cayó, quitando este pequeño incidente ya digo que estuvo muy bien. El cocinero del comedor del colegio nos ayudó con las galletas, aquella tarde fue super divertida, todos nos reímos muchísimo y terminamos con harina hasta en los calcetines, tendríais que haber visto Sylvain, de pronto su piel se quedó pálida, je, je… qué bien nos lo pasamos y qué ricas nos salieron las galletas ¡las vendimos todas!. En la feria gastronómica las mamás llevaron al colegio tortillas, ensaladillas, pasta, panes recién hechos, zumos, batidos … aquello parecía una boda, así que recogimos mucho dinero, aunque también hay que contar algún empacho, Juan por ejemplo no vino al día siguiente al cole, su mamá dijo que le dolía la tripa, fue normal, estaba todo de muerte. También recogimos mucha ropa, pero mucha, mucha.. y lo mejor de todo, no era ropa vieja ni pasada de moda, era ropa nueva y bonita, parece que la gente va entendiendo que en estos países son pobres, no tontos…

Fue un gran trabajo en el que todos participamos, durante semanas en los recreos estuvimos catalogando la ropa que nos traían por edades, por temporadas y en función de si era de chica o de chico, durante este tiempo pensábamos en quien lo llevaría hasta Sudáfrica, estaba claro que Sylvain solo no podría, además, aunque la recogida de ropa ya había acabado seguían mandando mas y mas cosas…

Se acercaban las vacaciones de verano y aquella mañana de lunes nos citó el director a la hora del recreo en nuestra clase, no nos podíamos imaginar la propuesta que nos quería hacer. Según pasaban los minutos cada vez estábamos más nerviosos, ¿qué quería?, ¿habríamos hecho algo mal?, ¿habríamos sacado malas notas?.. La profe estaba cansada de nosotros, estábamos nerviosos y hablábamos, hablábamos y la poníamos nerviosa a ella, esto era un no parar y un no callar.

Ya llego la hora, el timbre sonó y Marisa gritó ¡chicos que ya viene el director! ¡y el jefe de estudios! ¡y el secretario!... uy, uy uy ¿Qué pasaría?. Entraron por la puerta y se hizo el silencio, no quiero exagerar pero os aseguro que se oía hasta el parpadear de Pedro. El director con una voz grave recordó aquellas semanas en las que estuvimos recogiendo de todo para llevar a Sudáfrica, nos felicitó por la idea, y nos dijo que estaba muy orgulloso de que en su colegio hubiera alumnos con tan buen corazón, y que ojala cuando creciéramos no perdiéramos los valores que hoy nos habían movido a hacer lo que hicimos (esto último no entendíamos por qué nos lo decía, ¡claro que seríamos igual de mayores! ¿es que cuando crecemos cambiamos?), después tomo la palabra el jefe de estudios y por último el secretario, que al menos en mi colegio es el que lleva las cuentas, el recreo se acababa y se acercaba el momento en el que nos dieron la noticia… nuestra idea la había oído un señor con mucho dinero y parece ser que le conmovió y decidió entregarnos un cheque para llevar la luz eléctrica al pueblo de Sylvain, pero esto no quedaba así, también nos regalos 15 billetes de avión para llevar en persona las cajas que habíamos recopilado, ¡no nos lo podíamos creer!¡ lo habíamos conseguido!.

Aquel medio día mientras comíamos no podía dejar de pensar en lo felices que serían en el pueblo de Sylvain cuando nos vieran aparecer, Sylvain también estaba feliz, por fin tendrían luz en casa y podría ver la tele, tener una nevera, una lavadora… no se lo podía creer, por fin tendría un radiador con el que calentar su habitación en las noches frías, el estaba feliz y yo también de verlo a él.

Aquella noche dormí poco, había sido un día muy excitante, pero aún así había algo que me decía que no había hecho lo suficiente, es verdad que en grupo habíamos hecho mucho, pero Sylvain era mi hermano y tenía que hacer algo especial, y pensé que quería que él y sus hermanos de sangre tuvieran mi juguete preferido ahora que tenían luz, fue un regalo muy, muy meditado, los dos años anteriores me esforcé mucho por conseguir un juguete, “una Wii”, saqué buenas notas, fui obediente, no peleé con mi hermano, ayudé en casa a la hora de hacer las tareas cotidianas de poner y quitar la mesa y tirar la basura, no dejé ni una mañana la cama sin hacer, ni mi cuarto sin recoger, y así gané la Wii. Pero Sylvain la merecía más que yo, había cruzado todo un continente para ayudar a su familia, el premio debía ser para él, además con el cheque de aquel señor rico, ya tendrían luz. Sylvain no lo sabía, pero mi viaje sería para llevarle a él y sus hermanos mi tesoro más preciado, mi único tesoro, mi Wii.

Llegó el último día de clase, fue un día raro, estábamos contentos porque comenzaban las vacaciones, y cinco de nosotros junto con nuestros padres seríamos los encargado de hacer de Reyes Magos, pero a la vez estábamos tristes porque ya no volveríamos a ver a Sylvain, aquel último día nos hicimos fotos para que nuestro amigo se las llevara de recuerdo y para tener nosotros un recuerdo de él.

También llegó el día de embarcar, en mi maleta de mano bien envuelta llevaba mi consola, bueno, la de mi hermano y sus hermanos, ya no la sentía mía; él la merecía más que yo, desde el avión vimos paisajes espectaculares, vimos el desierto del Sahara, poblaciones con casa hechas de paja y barro, camellos, … ¡era todo tan diferente a lo que estábamos acostumbrados!, llegamos al aeropuerto de Johanesburgo, no parecían tan pobres, Sylvain ya nos lo avisó, la riqueza estaba mal repartida había ricos muy ricos y pobres, muy pobres; después subimos a un autobús, según nos alejábamos de la ciudad, el paisaje se iba volviendo más triste: las casas estaban medio hundidas, los niños corrían descalzos por los caminos, el asfalto se acababa y entrábamos en caminos de arena y de baches, Sylvain no nos engañaba, qué distinto era todo a lo que veíamos por la tele, de hecho no vimos ninguna bubucela.

Por fin llegamos al pueblo de Sylvain, un grupo de personas nos estaban esperando, Sylvain salió de autobús de un salto y se lanzó a los brazos de aquella gente, mientras un perrito ladraba desesperado por escaparse de la cuerda que le sujetaba a un árbol, de pronto una lágrima resbaló por mi mejilla, Sylvain era como nosotros, quería a su familia y su familia le quería a él, quería a sus amigos y sus amigos lo querían a él, entonces ¿por qué tuvo que marcharse?, ¿por qué las cosas tienen que ser así? ¿Por qué los mayores permiten estas separaciones?

Mi hermano Sylvain nos presentó a su familia, su familia nos dio las gracias por todo lo que habíamos hecho por ellos, durante dos semanas formamos parte de su pueblo, todo el mundo nos quería saludar, nos ofrecieron sus casa, su comida, nos enseñaron los lugares más bonitos de su pueblo, su gastronomía, su folklore, su vida…

Llegó el día de volver a España y yo tenía reservada una sorpresa para Sylvain, había hecho este largo viaje para entregarle un juguete, pero no cualquier juguete, había viajado en coche, avión y autobús, para entregarle mi tesoro: mi Wii y a cambio de esto Sylvain me hizo el mejor de los regalos: su amistad y su valentía por intentar cambiar lo malo de su vida y de su familia.

A todos los Sylvain. A todos los que creen en la igualdad. A todos los que quieren cambiar el mundo. A todos los que pueden cambiar el mundo.

Clase 5º A del Colegio Público Luis Solana de Méntrida (Toledo)